



PORQUE DECIDÍ ESCRIBIR MIS

RECUERDOS. PARTE I

Por Tomás Fernández Robaina

Ahora se ha puesto de moda que figuras muy reconocidas de los mundos, intelectual, deportivo, literario, musical, teatral, televisivo, radial, político y revolucionario, entre otros, residentes o no en la Isla, den a conocer sus memorias que reflejan la siempre dinámica sociedad de ayer, y aún más la de hoy.

Cada día son más relevantes las obras testimoniales de Esteban Montejo, el cimarrón, Amparo Millo y Azucena, Manuela la mexicana, La fiesta de los tiburones, entre otras, que reflejan los contextos y las vidas de hombres y mujeres, que Juan Pérez de la Riva y Pedro Deschamps Chapeaux abordaron en sus estudios como la historia de la gente sin historia.

Mi primera motivación surgió cuando leí Una cubanita nacida con el siglo, de René Méndez Capote. Disfruté cada capítulo, pensando en hacer algo similar, pero narrando la historia de un niño nacido en un solar del barrio de Belén en La Habana Vieja treintinueve años después que ella. Desde entonces he pasado muchas primaveras, veranos, otoños e inviernos que me fueron dando más experiencias, muchas de ellas alucinantes, corroborando que he vivido de manera intensa en el mundo de lo real maravilloso, construido por las creencias religiosas de nuestros aborígenes, de nuestros conquistadores españoles, de nuestros esclavizados ancestros africanos, y de sus descendientes, de los soñadores en la creación de una sociedad comunista, cuyo paso intermedio, el socialismo aún lo estamos construyendo.

Todo lo anterior me ha hecho pensar lo ya expresado por otros, en el sentido de que el surrealismo fue un invento intelectual europeo, muy distante del verdadero surrealismo, el de las acciones y hechos cotidianos de nuestras realidades.

Por eso ahora, después de varios intentos en que emborriné muchas cuartillas, a mano, al estilo de Antonio Bachiller y Morales y de todos los escritores del siglo XIX, y algunos del XX, quienes a pesar de tener ya la máquina de escribir a su disposición, prefirieron hacerlo manuscritamente, como hoy, no pocos de nosotros se ven limitados de tan grande bendición tecnológica, y no precisamente porque no quieran hacer uso de ella, sino que una computadora, un ordenador como se dice

en una de nuestras dos Madres Patrias, no está al alcance del bolsillo de los o de las que más necesitan ese ángel estimulador de los escritores: la computadora. Y digo ahora, porque las recomiendo a escribir incentivado por todos estos libros que relatan las memorias de gentes muy importantes, poseedoras de premios Nacionales de Literatura, premios Casa de las Américas, Premios UNEAC, de condecoraciones, de órdenes, de medallas y hasta de machetes y, entre otros objetos devenidos distinciones.

Tengo que luchar contra ciertas ideas que intentan paralizar mi decisión. Mi timidez amarrada lucha por zafarse, para apresarme e impedir que escriba, pero me sobrepongo, estar distante de mi Alameda de Paula, de los restos de la Iglesia de Paula, del Malecón Habanero, me da un empujón sorprendente y comienzo a escribir en un ordenador, que me inspira y acelera mis pensamientos.